NOVELA.

LOS CASTILLOS EN EL AIRE.

Mi suerte está ya para siempre asegurada, decia Saint-Ernest una mañana que se paseaba solo en un sitio retirado de las Tullerías. Con las cien mil libras de renta que disfruto, compro una magnífica casa, que sea al mismo tiempo de utilidad y de recreo, no mui grande, pero sí bien distribuida, con un gran salon, donde puedan darse dos bailes cada mes; una sala de villar y un buen jardin con su pequeño cenador de rosas y ma-

dreselvas, rodeado de un banco de césped. La adorno con muebles elegantes, pero sencillos y cómodos. Compro ademas un coche de moda con cuatro caballos; tomo cochero, ayuda de cámara, postillon, cocinero y aun una doncella, porque pienso casarme. Entonces sí que seré dichoso. Luego que haya arreglado mi casa y mis criados, meto un dia mis títulos en el bolsillo, subo á mi coche y mando que me lleven á la casa del padre de mi querida; de mi Celia. Llego, y me dicen que ha salido. Celia está sola; sin embargo subo, y oigo que toca el harpa: su voz encantadora hace resonar en mi oido el romance que compuse espresamente para ella: entreabro

poco á poco la puerta para ver y no ser visto: en esto deja de cantar y suspira. Pobre Saint-Ernest, dice, cuán entrañablemente te amo, y cuánto padezco por no poder decirtelo.

Al oir estas palabras no puedo resistir mas. Precipitarme á sus pies, coger una de sus manos que en vano intenta retirar, ofrecerla mi corazon, decirla que la adoro, que soi rico y que vengo á poner á sus pies mis bienes y mi mano, es obra de un solo instante. Ella se sonrie, me ayuda á levantar, y yo me tomo la libertad de imprimir en sus labios el primer sello del amor. Su padre llega entonces y se sorprende de verme al lado de Celia. Señor, le digo sin darle

tiempo para recobrarse de su admiracion, soi dueño de cuantiosos bienes, como podeis ver en estos papeles que os presento: yo adoro á vuestra hija, os pido su mano, y de vos ¡ah! depende mi felicidad ó mi desgracia. El padre de Celia lee mis títulos de propiedad; y apenas se convence de que es cierto lo que le he dicho, coge la mano de su hija para ponerla en la mia, y nos dice: «Hijos mios, sed felices.» Celia y yo nos arrojamos á sus brazos poseidos de un placer puro y sin mezcla de inquietudes... Inmediatamente se empiezan los preparativos de nuestra boda, y á pocos dias somos esposos. Bien pronto formamos una sociedad de verdaderos amigos, que hace toda

nuestra dicha, y esta llega á su colmo con el nacimiento de una niña, vivo retrato de mi esposa adorada: ¡qué felicidad! tengo en mis brazos á mi muger y á mi hija; las estrecho contra mi corazon, las....

Aqui llegaba Saint-Ernest, cuando creyendo realidad lo que ideaba, abre los brazos para recibir en ellos los objetos que le pintaba su imaginacion, y hé aquí que se halla cara á cara con un hombre mui grueso, sorprendido de verse tan estrechamente abrazado que apenas podia respirar. En verdad, esclamó luego que pudo desasirse de Saint-Ernest, que si los abrazos que das á tu muger y á tu hija son como este, dudo que puedas repe-

tirlos á menudo. ¡Ah, Señor! perdonadme, le dijo Saint-Ernest: no os habia visto. Ya lo he conocido, replicó el Caballero grueso; y ciertamente que eres mui digno de escusa, puesto que tienes una muger encantadora, una hermosa hija y una fortuna mas que suficiente para hacer su felicidad y no depender de nadie. — ¿Qué quereis decir con eso? esclamó Saint-Ernest: os engañais mui mucho; pues que no soi casado. — ¡Cómo! ¿no eres casado? dijo el hombre grueso: ¿y Celia? — ¡Celia! ¡ah! la adoro. — ¿Sabes, amigo mio, que no es proceder como caballero abusar de la confianza de su padre? — ¿Qué padre? — ¿Cuál ha de ser? el de Celia. Escúchame, soi franco: si fue-

se rico y amable como tú, y tuviese una hija de esa interesante muger, digna de ti por todos títulos, me casaria con ella, aunque no fuese mas que por dar una satisfaccion á su buen padre, á quien has engañado. Sigue mi consejo, y lo pasarás bien. — A fe mia, Caballero, respondió Saint-Ernest riéndose, lléveme el diablo si entiendo una palabra de cuanto acabais de decirme. — Es de ti, de quien hablo. — ¿De mí? — Sí, sin duda: una hora te he estado escuchando, y tú mismo me has dicho que tienes cien mil libras de renta; que has comprado un palacio y un coche, y que fuiste á visitar á tu Celia, la cual estaba tocando y cantando un romance que tú com-

pusiste para ella. — La risa de Saint-Ernest se aumenta. — Pues no sé que nada de lo que he dicho sea digno de risa, replicó el hombre grueso. — Decidme, Caballero, continuó Saint-Ernest: ¿no os reiriais vos tambien, si supieseis que de todo cuanto habeis oido, solo es cierto el amor que profeso á la amable Celia? — No alcanzo qué pudiera moverte á decir lo que has dicho, si no fuese cierto. — Hacia lo que se llama castillos en el aire, respondió Saint-Ernest. — Esplícate. — Quiero decir, que no pudiendo ser feliz en la realidad, pinto mi dicha en mi imaginacion. — ¡Ah! entiendo: con que las cien mil libras de renta, el palacio, la boda, la hija.... — Quimeras que una

dulce ilusion ha inventado para hacerme feliz por un momento. — A la verdad, dijo el hombre grueso, que he tomado cierto interes por tí, á pesar de tus quimeras: tienes la fisonomía de un jóven galante, y siento que mis bienes sean tan escasos, que no me permitan hacer algo en tu obsequio y en el de Celia. Soi Ayuda de cámara de un Grande que solo me paga mis salarios, y ojalá que la amistad de un pobre diablo te fuese gustosa. — A fe mia, le respondió Saint-Ernest, que por la singularidad del caso yo la acepto, y os aseguro por mi parte, que vuestra figura me ha prevenido tambien en vuestro favor: os protesto que soi tan pobre diablo como vos. — Pues bien, di-

jo el hombre grueso, puesto que somos amigos, te diré, para empezar á darte pruebas de mi amistad, que me llamo Nicolas; que me he ocupado en todos los oficios, recorrido todos los paises, y sacado por consecuencia la verdad del proverbio, que dice: «piedra movediza, nunca moho la cobija.» Soi en el dia tan pobre como antes de emprender mis viages; pero conservo mi buen humor y mi salud, que es lo principal: por lo que hace á la fortuna, me burlo de ella, y paso la vida cantando porque no temo perder lo que no tengo.

—Pues yo, dijo Saint-Ernest tomando la palabra, soi hijo de un militar llamado Saint-Ernest, Ca-

pitan del regimiento de Vermandois, de quien no heredé otra cosa al tiempo de su muerte, que un nombre sin tacha, recomendable por la escrupulosa probidad que le distinguió toda su vida. He podido conseguir un miserable destino de mil doscientos francos, que apenas me alcanzan para poder vegetar como vegetan otros. He entablado amistad con una jóven rica, hermosa, amable y de mucho talento, á quien he visto diferentes veces en casa de una amiga: he usado con ella el lenguage con que se habla á las hermosas, y no me ha despreciado; pero aunque me he atrevido á darla algunos romances compuestos por mí espresamente para ella, luego que supe que era aficio-

nada á la música, no tengo aun el permiso de ir á su casa, porque es huérfana de madre y no recibe visitas.

Al paso que vas alabando á esa jóven, dijo Nicolas, concluirás con decirme que es una muger perfecta. —Nada menos: paso el tiempo en adorarla en silencio, y en construir castillos en el aire. Me figuro que soi rico, noble, duque, príncipe, rei, y todo esto para poner á sus pies mi fortuna y mi corazon. —En verdad que tú debias estar en la casa de los locos. —No sé por qué dices eso, pues mi locura, al paso que á nadie hace mal, á mí me hace dichoso. Si vieseis á mi Celia, os pondriais tan loco como yo. —Eso no puede ser, por-

que de mi cabeza blanca no debe temerse semejante cosa. ¿Y cómo se llama el padre de tu querida? —Mr. Celler. —¿El banquero? —El mismo. —¡Diablo! ¡es un hombre mui rico! Pobre jóven, ya veo que estás condenado á construir toda tu vida castillos en el aire. Pero ¿quién sabe si llegarás á realizar algun dia lo que hoi solo es una quimera?

Dieron las diez, y Saint-Ernest dijo á Nicolas, que no podia estar mas tiempo con él, porque era ya la hora en que tenia precision de ir á su oficina. Amigo mio, le dijo Nicolas, la amistad que yo empiezo es para que dure siempre: ¿cual es tu oficina? iré á buscarte á ella, para que comamos jun-

tos. — Con mucho gusto, le respondió Saint-Ernest: estoi en el Ministerio de la Guerra, y á las cuatro y media nos reuniremos, si gustais, en el Puente Real. — Sí, á las cuatro y media. Al decir estas palabras, Nicolas apretó la mano á Saint-Ernest y le dejó tomar el camino de su oficina, mientras él tomaba otro diferente.

Saint-Ernest iba reflexionando en el modo con que su nueva amistad se habia contraido; y regocijándose de ser amigo de un Ayuda de cámara, es bien estraño, decia sin detenerse en su marcha, el ascendiente que este hombre ha tomado sobre mí. El me ha tuteado desde sus primeras palabras: su aspecto venerable y su carácter fran-

co y alegre me quitan toda sospecha. Pero.... (volviendo á su mania) sí.... sin duda aquel hombre será rico, me nombrará su secretario, y llegará tiempo en que mis servicios sean útiles: entran una noche ladrones en su casa, oigo ruido y me levanto, vuelo á socorrer á mi bienhechor, y pongo en precipitada fuga á los bribones que quieren sorprendernos. En esto acuden los criados, y con su ayuda aseguramos á los perversos: mi bienhechor corre á mis brazos lleno de gratitud, y yo caigo desmayado cubierto de la sangre que una herida recibida en el pecho hace correr por todo mi cuerpo. Al volver en mí, veo al lado de mi cama á mi amigo, veo á Celia, cuyo pa-

dre aprueba ya nuestra union porque mi amigo ha asegurado mi fortuna: soi feliz.... Así discurria Saint-Ernest, cuando tropieza con una piedra con tal ímpetu, que el dolor que siente le hace despertar de su letargo. Las dulces ilusiones que lisongeaban su imaginacion se desvanecen, y la puerta de la oficina que divisa en este momento, le recuerda que no es mas que el pobre Saint-Ernest.

Dejemosle ahora trabajar para ocuparnos de esa Celia á quien amaba. Era Celia jóven de diez y ocho años, que reunia al físico mas interesante un talento superior á su edad. Educada por una madre tierna y afectuosa, estaba convencida de que para ser feliz no bastan las rique-

zas, sino que son necesarias las cualidades del alma. Aunque se habian presentado muchos pretendientes á su mano, despreció á todos, porque en ninguno veia el modelo para el retrato que se habia figurado su imaginacion de aquel á quien debia amar. Su padre la adoraba como á su hija única; y si aun no habia pensado en casarla, era porque su edad la consideraba demasiado tierna. Celia se tenia por dichosa, porque no pensaba en el porvenir, creyendo que siempre hallaria lo que buscase. Iba algunas veces á visitar á una de sus compañeras de colegio, cuyos padres solian tener reuniones; oyó hablar de Saint-Ernest á su amiga, la cual le trataba de original y hacia de él

los mas desmedidos elogios. Yo, decia la amiga de Celia, le aprecio en estremo, porque su íntima amistad con Florange, mi futuro esposo, ha redundado en un beneficio mio que jamas podré olvidar. Mis padres no querian consentir en mi matrimonio hasta que Florange obtuviese un destino de gefe de mesa en el Ministerio. El era, lo mismo que Saint-Ernest, un simple escribiente, en ocasion en que se encargó á su oficina un trabajo sumamente importante: Saint-Ernest le hizo; y presentado que fue al Ministro, ofreció que el empleado que hubiese sido su autor, obtendria la plaza vacante de gefe de mesa en la misma oficina.

Saint-Ernest se empeñó en que

Florange dijese que este trabajo era suyo; y en su consecuencia le dieron el destino que deseaba. Quiso descubrir á mis padres el servicio que Saint-Ernest le habia hecho; pero le dijo su amigo: los padres de tu querida pondrian quizá algunas dificultades si supiesen la verdad del caso; por tanto yo te prohibo hablar una sola palabra en el asunto; y si hablases, no lo dudes, haré dimision de mi empleo. En fin, Florange obtuvo, no sin grandes debates, el permiso para que yo sola fuese sabedora de este secreto. Cuando volví á ver á Saint-Ernest, quise darle las gracias: Señorita, me dijo, tengo el mayor placer en venir á vuestra casa; pero os digo que si me ha-

blais otra vez sobre el particular, no volveré mas á ella. Dejé pues de darle las gracias; pero no olvidaré nunca que á él es á quien debo mi felicidad. — ¿Está enamorado? preguntó Celia. — Creo que no, contestó su amiga, porque es mal contentadizo; y lo que es aun mas raro, siempre se está figurando mil quimeras en su imaginacion. Cuando está solo, de tal modo se ocupa su fantasía en construir castillos en el aire, que ni ve lo que pasa á su alrededor, ni oye si le dirigen la palabra. Siempre es una jóven amable, virtuosa y sensible la heroina de sus sueños, y muchas veces he creido que serias tú. Pero me he dicho á mí misma: ¿de qué le aprovecharia amarte si él es pobre y tú rica?

Desde el dia en que pasó esta conversacion, Celia no pensaba mas que en Saint-Ernest: obligada por lo que la habia referido su amiga, se entregaba libremente á los delirios de su imaginacion. Tan pronto cree ver á Saint-Ernest sacándola de entre las llamas que devoran su propia casa, y á su padre dándole su mano en recompensa: tan pronto se figura que los fogosos caballos que tiran de su coche se desbocan; que Saint-Ernest se precipita á detenerlos cuando ella está á punto de perecer, y que su mano es el premio de su valor. Otras veces la parece ver á su padre, que asaltado por unos asesinos, es socorrido por Saint-Ernest, el cual